

**EXHORTACIÓN APOSTÓLICA *LAUDATE DEUM*
DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A TODAS LAS PERSONAS DE BUENA VOLUNTAD SOBRE LA CRISIS CLIMÁTICA**

Visión general

Un nuevo grito por los pobres y nuestra casa común. Hoy, 4 de octubre de 2023, en la fiesta litúrgica del Santo cuyo nombre eligió, el papa Francisco nos ofrece *Laudate Deum*, una exhortación apostólica que precisa y completa la encíclica *Laudato si'*, publicada en mayo de 2015.

El propio Francisco explica el título de la carta en el párrafo final de la exhortación apostólica. "«Alaben a Dios» es el nombre de esta carta. Porque un ser humano que pretende ocupar el lugar de Dios se convierte en el peor peligro para sí mismo" (73).

Ocho años después de *Laudato si'*, y a partir de las reflexiones y los acontecimientos de este tiempo, el Papa reitera y desarrolla los temas de su segunda encíclica, en la que expresaba su "sentida preocupación por el cuidado de nuestra casa común". Una decisión tomada porque, dice, "me he dado cuenta de que nuestras respuestas no han sido adecuadas, mientras el mundo en el que vivimos se derrumba y puede acercarse al punto de ruptura". Y añade que "es indudable que el impacto del cambio climático perjudicará de modo creciente las vidas y las familias de muchas personas. Sentiremos sus efectos en los ámbitos de la salud, las fuentes de trabajo, el acceso a los recursos, la vivienda, las migraciones forzadas, etc.". (2).

El Papa no deja de subrayar reiteradamente cómo los pobres y los más vulnerables son los que más sufren las consecuencias del cambio climático, a pesar de ser los menos responsables del mismo. "Cómo olvidar que África, que alberga más de la mitad de los más pobres del planeta, es responsable de una mínima parte de las emisiones históricas?", afirma (9).

En los seis capítulos y 73 párrafos de *Laudate Deum*, el papa Francisco nos exhorta a todos, y especialmente a los gobernantes, a la corresponsabilidad y a actuar antes de que sea demasiado tarde. El Papa reitera enfáticamente que "Ya no se puede dudar del origen humano —“antrópico”— del cambio climático" (11) y observa un avance del "paradigma tecnocrático", que ya mencionó en *Laudato si'*, que "como si la realidad, el bien y la verdad brotaran espontáneamente del mismo poder tecnológico y económico" (20).

Ante tal situación, el Pontífice subraya la debilidad de la política internacional, pidiendo una reconfiguración del multilateralismo que conduzca a un "multilateralismo 'desde abajo' y no simplemente determinado por las élites del poder. Las demandas que surgen desde abajo, en todo el mundo, donde activistas de países muy diferentes se ayudan y apoyan mutuamente, pueden acabar presionando a las fuentes de poder". El Papa añade que "si los ciudadanos no controlan al poder político —nacional, regional y municipal—, tampoco es posible un control de los daños ambientales" (38).

Refiriéndose a la pandemia de la COVID-19, el Papa dice también que es "lamentable que las crisis mundiales sean desaprovechadas cuando serían la ocasión para provocar cambios saludables" (36). El Papa dedica un capítulo a las conferencias sobre el clima, sin ocultar que en algunos casos hubo malos resultados - cita, por ejemplo, la "decepción de la COP25 de Madrid", pero también destaca algunos progresos, como el paso adelante logrado en la COP27 de Sharm El Sheikh en la consolidación de un sistema de financiación de las "pérdidas y daños" en los países más afectados por las catástrofes climáticas".

En la actualidad, afirma, se necesitan nuevos mecanismos porque "los acuerdos han tenido un bajo nivel de implementación porque no se establecieron adecuados mecanismos de control, de revisión periódica y de sanción de los incumplimientos". (52).

El quinto capítulo se centra en la COP 28. El papa Francisco cree que esta conferencia puede "puede ser un punto de inflexión, que muestre que todo lo que se ha hecho desde 1992 iba en serio y valió la pena, o será una gran decepción y pondrá en riesgo lo bueno que se haya podido lograr hasta ahora" (54). Y añade: "Necesitamos superar la lógica de aparecer como seres sensibles y al mismo tiempo no tener la valentía de producir cambios sustanciales" (56).

En el último capítulo, el Papa recuerda a los fieles católicos "las motivaciones que brotan de la propia fe. Aliento a los hermanos y hermanas de otras religiones a que hagan lo mismo, porque sabemos que la fe auténtica no sólo da fuerzas al corazón humano, sino que transforma la vida entera, transfigura los propios objetivos, ilumina la relación con los demás y los lazos con todo lo creado" (61).

Resumen por capítulos

Primer capítulo - La crisis climática mundial

En el primer capítulo de la *Laudate Deum*, Francisco habla de la crisis climática mundial, afirmando que "por más que se pretendan negar, esconder, disimular o relativizar, los signos del cambio climático están ahí, cada vez más patentes". El San Padre subraya también que es "verificable que determinados cambios en el clima provocados por la humanidad aumentan notablemente la probabilidad de fenómenos extremos cada vez más frecuentes e intensos" (5). También responde a quienes "pretendieron burlarse de esta constatación, afirmando que lo que estamos verificando ahora es una inusual aceleración del calentamiento, con una velocidad tal que basta una sola generación —no siglos ni milenios— para constatarlo. [...] probablemente en pocos años muchas poblaciones deberán trasladar sus hogares a causa de estos hechos" (6).

Entre las tesis refutadas por el papa Francisco están las que atribuyen la responsabilidad a los pobres, "porque tienen muchos hijos y hasta pretenden resolverlo mutilando a las mujeres de países menos desarrollados. Como siempre, pareciera que la culpa es de los pobres. Pero la realidad es que un bajo porcentaje más rico del planeta contamina más que el 50% más pobre de toda la población mundial, y que la emisión per cápita de los países más ricos es muchas veces mayor que la de los más pobres" (9).

Citando datos y estudios recientes, el Papa reafirma enérgicamente el origen humano del cambio climático, que ya no puede ponerse en duda. En los últimos 50 años, se ha observado una aceleración espectacular de los gases de efecto invernadero, "la temperatura aumentó con una velocidad inédita, sin precedentes en los últimos dos mil años". En este período la tendencia fue de un calentamiento de 0,15 grados centígrados por década, el doble de lo ocurrido en los últimos 150 años (...) A este ritmo, es posible que en diez años alcanzaremos el límite máximo global deseable de 1,5 grados" (12).

La correlación es obvia para el Pontífice, que atribuye la causa de los cambios rápidos y dramáticos a "las enormes novedades que tienen que ver con la desbocada intervención humana sobre la naturaleza en los dos últimos siglos" (14). Afirma: "Lamentablemente la crisis climática no es precisamente un asunto que interese a los grandes poderes económicos, preocupados por el mayor rédito posible con el menor costo y en el tiempo más corto que se pueda" (13).

En cuanto a muchos fenómenos relacionados con el clima, no será posible "detener el enorme daño que hemos causado. Sólo estamos a tiempo para evitar daños todavía más dramáticos" (16). El Santo Padre insta a adoptar una perspectiva más amplia que "nos permita no sólo admirarnos por las maravillas del progreso, sino también es apremiante prestar atención a otros efectos que probablemente ni siquiera podían imaginarse un siglo atrás. Se nos pide nada más que algo de responsabilidad ante la herencia que dejaremos tras nuestro paso por este mundo" (18). Además, el Papa reitera las dos lecciones aprendidas de la pandemia del COVID-19: "todo está conectado" y "nadie se salva solo".

Segundo capítulo - Un creciente paradigma tecnocrático

En este capítulo, el papa Francisco vuelve a hablar del paradigma tecnocrático, que desgraciadamente sigue avanzando. "El mayor problema es la ideología que subyace a una obsesión: acrecentar el poder humano más allá de lo imaginable, frente al cual la realidad no humana es un mero recurso a su servicio" (22). El Papa también advierte de cómo la humanidad nunca "tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el modo como lo está haciendo" (23). También afirma que "la decadencia ética del poder real se disfraza gracias al marketing y la información falsa, mecanismos útiles en manos de quienes tienen mayores recursos para incidir en la opinión pública a través de ellos" (29). Esto ocurre cuando se planea llevar a cabo un proyecto que implica cambios significativos en el medio ambiente o altos niveles de contaminación, "se ilusiona a los pobladores de la zona hablando del progreso local que podrá generarse (...) Pero en realidad no parece interesarles de verdad el futuro de estas personas, porque no se les dice con claridad que detrás de ese emprendimiento quedarían una tierra arrasada; unas condiciones mucho más desfavorables para vivir y prosperar" (29).

La "lógica del máximo beneficio con el menor costo, disfrazada de racionalidad, de progreso y de promesas ilusorias, vuelve imposible cualquier sincera preocupación por la casa común y cualquier inquietud por promover a los descartados de la sociedad" (31).

Tercer capítulo - La debilidad de la política internacional

La debilidad mostrada por la política internacional ante la situación actual exige una revisión de las dinámicas que la rigen. El papa Francisco reitera que "deben ser favorecidos los acuerdos multilaterales entre los Estados". Sin embargo, el multilateralismo no debe verse como una "una autoridad mundial concentrada en una persona o en una élite con excesivo poder". La posibilidad de alguna forma de autoridad mundial regulada por el derecho, debería incluir, sobre todo "organizaciones mundiales más eficaces, dotadas de autoridad para asegurar el bien común mundial, la erradicación del hambre y la miseria, y la defensa cierta de los derechos humanos elementales" (35).

El Papa afirma que el multilateralismo debe tener en cuenta la nueva situación mundial y reconoce también que "tantas agrupaciones y organizaciones de la sociedad civil ayudan a paliar las debilidades de la Comunidad internacional, su falta de coordinación en situaciones complejas, su falta de atención frente a derechos humanos" (37). Lo que se necesita es un "multilateralismo 'desde abajo' y no simplemente decidido por las élites del poder". Necesitamos también un "un marco diferente de cooperación efectiva", ya que es urgente responder a "nuevos desafíos y de reaccionar con mecanismos globales ante los retos ambientales, sanitarios, culturales y sociales" (42).

“Todo esto supone generar un nuevo procedimiento de toma de decisiones y de legitimación de esas decisiones”, y (...) “espacios de conversación, de consulta, de arbitraje, de resolución de conflictos y de supervisión, y en definitiva una suerte de mayor “democratización” en el ámbito global, para que se expresen e incorporen las variadas situaciones” (43).

Cuarto capítulo - Conferencias sobre el clima: progresos y fracasos

El Papa analiza los avances y decepciones relacionados con las distintas conferencias sobre el clima, desde la Conferencia de Río de Janeiro de 1992, que condujo a la adopción de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), hasta la COP27 de Sharm El Sheikh.

Según el Papa, durante estos años “abundaron las ‘exhortaciones’ cuya incidencia real era poco previsible. Las propuestas tendientes a asegurar una transición rápida y efectiva hacia formas alternativas de energía menos contaminantes no pudieron avanzar” (49). La Conferencia celebrada el año pasado en Egipto “fue un ejemplo más de la dificultad de las negociaciones”. A pesar de los avances en la consolidación de un sistema de financiación de las “pérdidas y daños” en los países más afectados por las catástrofes climáticas, “pero aun en esta cuestión muchos puntos quedaron imprecisos, sobre todo la responsabilidad concreta de los países que deben aportar” (51).

Por ello, Francisco insta a crear nuevos y mejores mecanismos: “Hoy podemos seguir afirmando que ‘los acuerdos han tenido un bajo nivel de implementación’ porque no se establecieron adecuados mecanismos de control, de revisión periódica y de sanción de los incumplimientos” (52).

Quinto capítulo - ¿Qué esperar de la COP28 en Dubai?

El Papa comienza este capítulo señalando cómo la próxima COP28 será acogida por grandes exportadores de combustibles fósiles como los Emiratos Árabes Unidos. Pero “decir que no hay nada que esperar sería un acto suicida, porque implicaría exponer a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, a los peores impactos del cambio climático” (53). El Papa afirma que esta conferencia puede ser un “cambio de rumbo”, pero al mismo tiempo subraya cómo “necesitamos superar la lógica de aparecer como seres sensibles y al mismo tiempo no tener la valentía de producir cambios sustanciales” (56).

“Buscar sólo un remedio técnico a cada problema ambiental que surja es aislar cosas que en la realidad están entrelazadas y esconder los verdaderos y más profundos problemas del sistema mundial”. Afirma: “corremos el riesgo de quedarnos encerrados en la lógica de emparchar, colocar remiendos, atar con alambre, mientras por lo bajo avanza un proceso de deterioro que continuamos alimentando. Suponer que cualquier problema futuro podrá ser resuelto con nuevas intervenciones técnicas es un pragmatismo homicida, como patear hacia adelante una bola de nieve” (57).

Por ello, el Papa espera que la COP28 traiga “formas vinculantes de transición energética que tengan tres características: que sean eficientes, que sean obligatorias y que se puedan monitorear fácilmente” (59).

Sexto capítulo - Motivaciones espirituales

La exhortación apostólica concluye con un capítulo en el que recuerda “a los fieles católicos no quiero dejar de recordarles las motivaciones que brotan de la propia fe. Aliento a los hermanos y hermanas de otras religiones a que hagan lo mismo” (61).

El Papa invita a todos "a acompañar este camino de reconciliación con el mundo que nos alberga, y a embellecerlo con el propio aporte, porque ese empeño propio tiene que ver con la dignidad personal y con los grandes valores" (69). "No obstante, todo suma, y evitar entre todos un aumento de una décima de grado en la temperatura global ya puede ser suficiente, para evitar algunos sufrimientos a muchas personas" (70).

El Papa Francisco concluye recordando que las emisiones por individuo en Estados Unidos son unas dos veces superiores a las de los individuos que viven en China, y unas siete veces superiores a la media de los países más pobres. "Podemos afirmar que un cambio generalizado en el estilo de vida irresponsable ligado al modelo occidental tendría un impacto significativo a largo plazo. Así, junto con las indispensables decisiones políticas, estaríamos en la senda del cuidado mutuo" (72).